



NORMA SHEARER, CONOCIDA Y TRIUNFANTE ESTRELLA M. G. M.

TÉCNICA Y VISUALIDAD

GARABATOS

Por CECILIA A. MANTUA

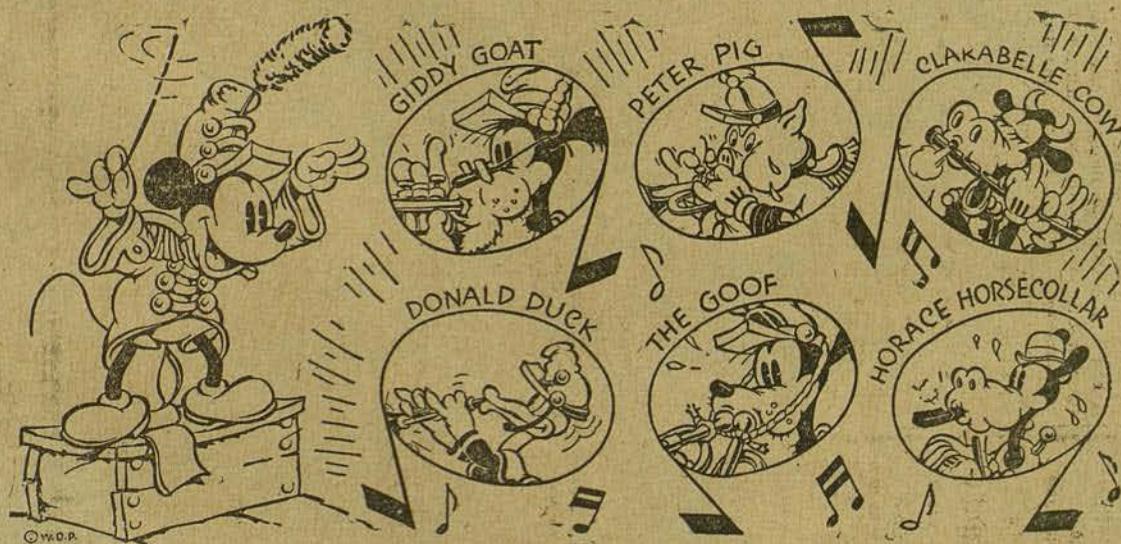
Dicen y cuentan los técnicos del lienzo, que la vida futura del séptimo arte será un complicado mecanismo de monigotes animados por la mano genial de un dibujante creador. Nosotros lamentamos no compartir estas ideas de técnica nueva. Creemos que el cinema, cuando pierda humanismo y vida, dejará de interesar. Será un juego de niños o de técnicos.

En realidad, al cinema teatro de imágenes, no han sabido darle todavía el valor educativo y pedagógico que reclama. La emotividad de la visión y la facilidad narrativa de sus fotos animadas, merecía un nuevo estudio de difusión cultural. De reportaje. De realidad. O dar, por lo

olvidado del cineasta. El gato Delix, el de la eterna preocupación, el sabio e inteligente Félix—Periquito en España—, el muñeco que para escalar la torre se colgaba tranquilamente de los puntos admirativos e interrogantes. El eterno endiabrado que penetraba en el gallinero y enseñaba a bailar a las gallinas coquetuelas los ultramodernos pasos del charleston. Entonces Félix era el rey del garabato silente, surgieron imitadores, pero él imperaba. Un día un ratón alegre y despreocupado salió del tintero, se coló ante la cámara y hoy Mickey Mouse y su adorable esposa Minnie, después de narrarnos su romance de ratonero amor, son los papás felices

muy olímpicamente para casarse con el príncipe rubio, que compartió con ella los honores de Cinderella.

El más reciente garabato que admira el público, es Popeye el Marinero, creado también por Max Fleischer. El marinero, el atleta forzado que lanza una formidable reclame sobre el valor nutritivo de las espinacas. Popeye el Marinero tiene la gracia ingenua, grotesca y fluida de las ilustraciones inglesas. Nos encanta, nos hechiza. Lo que no podemos perdonarle a Popeye es su amor pasional por aquel garabato femenino de huesos como aristas. Un esqueleto que se parte a cada abrazo de Popeye, y por el que dicho marinero realiza las más auda-



menos al lente que copia los hechos verídicos el mismo lugar, los mismos lauros que posee el cinema como leyenda y ficción.

Estas consideraciones nos apartan de la verdadera orientación de esta crónica. El lienzo tiene unos personajes caricaturescos, garabatos futuristas. Muñecos, que nos transportan al reino de lo absurdo y lo fantástico, que burlan la ley de la gravedad, que se ríen de las distancias y que nos deleitan, ¿para qué negarlo? Que nos nos convierten en niños grandes.

Las aventuras del garabato de tinta china tienen un historial larguísimo, un abolengo que nació del lápiz creador de Emilio Cohl, y que, pasando por Pat. Sullivan, Max Fleischer y Walt Disney, han llegado hasta presentar estas deliciosas películas cartones en color, que cada día se acercan más a la tendencia del film humano.

La popularidad la conquistó aquel pobre gato mudo, hoy injustamente

de una legión de endiabrados ratoncitos que traen de cabeza el buen Mickey Mouse.

¿Y ella? ¿Y la seducción hecha garabato? No podemos olvidarla. Betty Boop, es el luminar de las estrellas en tinta. Es el lucero deslumbrador del céntic de cartón. Curvada a lo Mae West, picaresca a lo Clara Bow y audaz a lo Joan Crawford, Betty Boop es la eterna Eva que ha invadido el tintero de Max Fleischer, su autor. ¿Cuánta coquetería hay en sus gestos insinuantes, en el guiño de sus ojos y sus cejas, en el puntito móvil e inquieto de su boca? ¿En qué alarma perpetua nos mantiene su trajecito sin tirantes y su liga que le ciñe una pierna torneada. Betty es cabezuda. Betty es un monigote grotesco, pero si escuchamos una sola vez su tutututú, la recordamos siempre. Ella tiene la culpa de cuanto sufre el pobre y panzudo Bimbo, y el payaso Koko, ella es el ídolo de una legión de elefantes, hipopótamos, jirafas y kanguros, a los que ha desdeñado

ces e inverosímiles aventuras. Graciosos lo han sido los tres cerditos, dos alcaños, optimistas inconscientes, otro, circunspecto. Simpáticos compañeros de Caperucita y de la Abuela, enemigos irreconciliables del lobo feroz. Terry Toons, el de las mentiras deliciosas. Serappy, el baby diminuto, los muñecos de las Silly Simphonies, los nenes rosados y traviosos de Canción de Cuna, el perro fetiche de angelical corazón, que levanta la patita con la mayor ingenuidad ante la bota de cada policeman. El feísimo Wupp, estos dos con columnas más reales, menos diseñados. Toda la fantasía de sus animadores volcada en un tintero o en un objeto podría siquiera batallar con la producción humana.

Garabatos, monigotes, comicidad. Algo perfecto en resumen. ¿Tendrán razón los técnicos vanguardistas o nos quedaremos a esta altura de hoy en cuanto al valor del muñeco animado?

TRAS LA PANTALLA EN HOLLYWOOD

EL EDDIE CANTOR QUE YO CONOZCO

Ya empieza a cansarme siempre la misma cantilena. Cualquiera día voy a estallar cuando alguna persona me pregunte: "¿Es tan cómico el señor Cantor en su hogar como en la pantalla y en la radio?"

Si su marido, querida lectora, fuese ebanista, albañil o pintor, no creo que le gustara mucho que a cada rato le preguntaran: "¿Hace muebles su esposo?... ¿Construye casas?... ¿Pinta cuadros?... Y lo hace con el mismo donaire y gusto en su casa como en el taller?"

Diga la verdad, ¿le gustaría?

¡Pues a mí, tampoco! Estoy casada con un hombre a quien el sino ha hecho cómico, ¡no con un cómico a quien el sino ha hecho marido!

Vamos, necesitaba desahogarme; ahora me siento mejor. Cuando menos estoy lo suficiente calmada para confesar que Eddie es tan chistoso y ocurrente en casa como suele serlo en el cine y en las tablas. Así sucede casi siempre con todos los maridos, pero el mío muchas veces lo hace adrede.

Por ejemplo, el otro día llegó a casa diciendo que se sentía muy cansado. Quería echar una siestecita. ¿Podríamos sus cinco hijas y yo guardar silencio y dejar de meter bulla por un par de horas?

Todas seis fuimos al rincón más remoto de la casa. Eddie subió a su cuarto. Mas a los pocos minutos oímos crujir las escaleras, y Eddie no tardó en aparecer. Sus ojos estaban cerrados. Su brazo, rígido, estaba levantado a la altura del hombro. Era la perfecta imagen de un sonámbulo.

—La casa está tan silenciosa—dijo con voz sepulcral—que estoy andando dormido. ¡Por favor, metan algún ruido y háganme despertar de esta pesadilla!

¡Y sólo llevaba puesto un sombrero de copa y unas calzones cortos!

¿Que si nos sorprendimos y reímos? ¡Calculen!

Si, Eddie alegra nuestra vida con sus cómicas payasadas. A veces disipa con un chiste oportuno la atmósfera de tormenta que de vez en cuando se cierne aun en los hogares más respetables. Y sólo cuando ya pasó la incipiente borrasca nos damos cuenta que lo hizo adrede; que, contra nuestra voluntad, apa-

Por IDA CANTOR

gó nuestro malhumor en una carcajada.

Y esta es, verdaderamente, la nota descolante del carácter de Eddie. Cuantas payasadas hace en casa las hace para que seamos felices. Porque su hogar es para él el centro del universo. Antes que gran artista, Eddie Cantor es marido y padre. Como trataré de explicar más tarde, Eddie llegó a ser un gran artista sólo cuando la inspiración que



le dió su creciente familia lo llevó a una ambición ilimitada.

Por supuesto, ustedes podrán creer que estoy predispuesta en favor de mi marido; mas no olviden que lo conozco hace mucho tiempo. Dicen que ningún hombre es un héroe para su ayuda de cámara. Y la verdad es que pocos hombres son héroes en los ojos de sus esposas, como Eddie lo es realmente en los míos.

Llevaba pantalones cortos aún cuando yo lo conocí, y con esto no quiero decir pantalones de jugar a golf. ¡Si alguien hubiese tan sólo mentado la palabra "golf" entre los chiquillos que jugábamos bajo la sordida sombra y atronante ruido del tranvía elevado de los barrios bajos del Este de Nueva York, a lo mejor hubiéramos creído que se trataba de un caso para el manicomio.

Eddie y yo fuimos a la misma escuela pública, en la calle Henry. Lo que primero me atrajo en él fué su talento por todo lo cómico, cualidad o maña que lo distinguió desde muy pequeño. Me fascinaba la timidez, la ternura y la formidable entereza de carácter de este sencillo muchacho de los enormes ojazos. Ya lo dice él: "Antes solía cargar con tus libros de escuela; ¡ahora llevas tú mis libros de cuentas y el talonario de cheques!"

No fué hasta después de haber debutado Eddie en las tablas, todavía muy joven, que empezamos a pensar en el matrimonio. Pero mi familia tenía otros planes para mi futuro. Querían que yo disfrutara de mayores comodidades de las que a ellos les había sido dado gozar; no creían que pudiera hallar seguridad y felicidad en el matrimonio con un joven actor. Sus palabras fueron terminantes: "¡No queremos que te cases con Cantor!"

Fué entonces que Eddie me dió la primera de las grandes sorpresas que han alegrado siempre nuestra vida juntos. Hizo el sacrificio supremo. En vez de tratar de persuadirme que desobedeciera a mis padres, trató de ajustarse a sus deseos. Este hombre, muchacho aún, nacido para brillar en las tablas, desoyó el llamamiento de su sangre. Renunció al teatro por mí, y en busca de un empleo estable trabajó en cien cosas distintas, hasta de cortador de cuellos y puños. Todos los días de mi vida recordaré que para mí Eddie, yo fui lo más importante de su carrera. ¡Su amor por mí le hizo dejar la vida que adoraba por el arte de las tijeras!

Pero resultó un sacrificio poco práctico. ¡Lo botaron un día que el encargado del taller lo encontró bailando en la mesa de cortar patrones!

Durante todo un año Eddie trató de dominar su pasión por el baile y el canto; hizo lo indecible para acostumbrarse a la vida sosegada de un artesano. Y al final de ese período fui yo, no él, quien abandonó toda esperanza de encontrar nuestra felicidad por tales medios. Con el corazón pesadoso, pues sabía que aventuraba mi futura felicidad, le hice volver a las tablas. No quise que mi hombre se convirtiera en un esclavo del trabajo mercantil—en un empleadillo morigerado y pegado a

Rodajes...



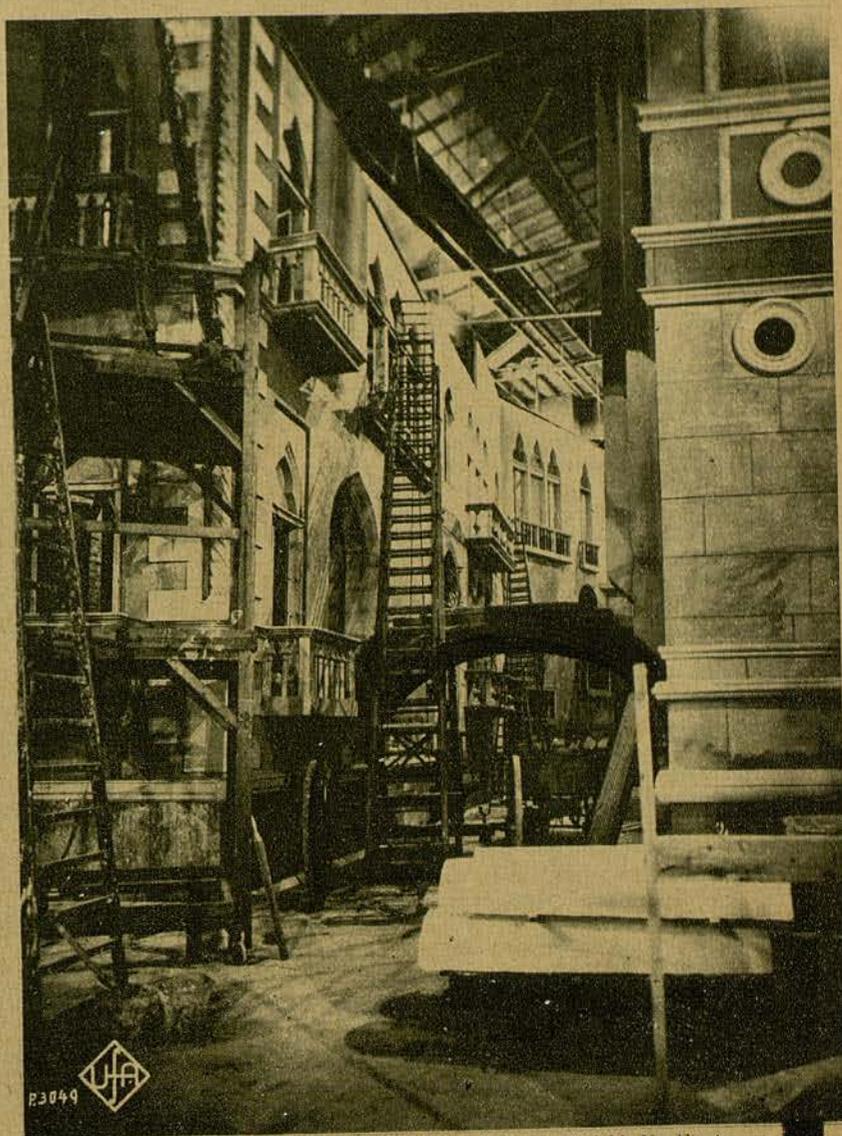
LA RECONSTITUCION DE VENECIA
EN LOS «SETS» DE LA U. F. A.



KING VIDOR, SE PREPARA
PARA UNA ESCENA DE SU
PRODUCCION «EL PAN
NUESTRO DE CADA DIA»,
INTERPRETADA POR KA-
REN MORLEY Y BARBARA
PEPPER.—(Ft. Arts. Asdos.)



ROUBEN MAMOULIAN, FRE-
DERICH MARCH Y ANNA
STENN, ESTRELLAS DE «VI-
VAMOS DE NUEVO», DURAN-
TE LA FILMACION DE ESTE
FILM, QUE RUEDA A. A., INS-
PIRANDOSE EN LA OBRA DE
TOLSTOY, «RESURRECCION»



LA CONSTRUCCION DE VENECIA EN EL FILM U. F. A.
«BARCAROLA»

DURANTE UN DESCANSO EN EL RODAJE DE «RUMBO AL CAIRO», HAN SIDO SORPRENDIDOS POR EL FOTOGRAFO, MARY DEL CARMEN, RICARDO NUNEZ Y MIGUEL LIGERO. (Fot. C.I.F.E.S.A.)



LESLIE HOWARD, RODEADO DE ALGUNOS ARTISTAS QUE INTERPRETAN «LA PIMPINELA ESCARLATA». PRODUCCION DE ALEXANDER KORDA →

las faldas de su mujer—, aun sabiendo que lo hacía por mí. No me arrepiento de mi decisión; todavía sigo cosechando la recompensa.

Al poco tiempo consiguió trabajo con Gus Edwards, en "Kid Cabaret", con 75 dólares a la semana. Esto duró once meses, y cada semana me mandaba todo lo que podía ahorrar de los 75 dólares, para que se lo guardase. Cuando regresó de la gira teatral, teníamos 1.200 dólares. "Nuestra manzana para la sed" gustaba de decirme en sus cartas diarias. Además, le habían ofrecido un contrato para trabajar en Europa. ¿No me gustaría a mí pasar nuestra luna de miel en el Viejo Continente, en la tierra de nuestros abuelos? ¿No colmaría su felicidad casándome con él inmediatamente?

Y esto pone de relieve otra característica de Eddie Cantor. Observen la dulce y sosegada persistencia que mostró durante todo nuestro noviazgo. Durante un año entero se amoldó a trabajos que odiaba; luego, en el año siguiente, hizo patente a toda mi familia que "su" modo de ganarse la vida era mucho mejor. Y, finalmente, salió con su romántica y práctica oferta de una luna de miel en Europa — con un magnífico contrato por añadidura — y una "manzana para la sed" de 1.800 dólares. ¡Qué campaña más arrolladora!

¡Y cómo conquistó Eddie a los ingleses! Su éxito durante las ocho semanas que trabajó en el Alhambra Music-hall, de Londres, fué simplemente fenomenal. Ello me hizo apreciar una vez más el enorme sacrificio que había hecho Eddie dedicándose a empleos de poca monta, para hacernos contentos a mí y a mis padres. Desde entonces guardo en mi corazón un lugar predilecto para los ingleses. Mi marido triunfó en Londres antes que Nueva York reconociera su valor, ¡y los ingleses siguen cada año mostrándose más entusiasmados con él! A veces llego a pensar que se le admira más en Inglaterra que en ninguna otra parte del mundo.

Regresamos de Europa justamente poco después de declarada la Guerra Mundial. Al principio compartimos con mi hermana casada un piso en el barrio del Bronx, lugar de Nueva York que, aunque muy sano, ciertamente es de los más humildes. Más tarde, tan pronto como nos pudimos permitir el lujo de tener un pisito para nosotros solos, nos mudamos a la casa de al lado. Max Hart, el agente teatral de Eddie en aquella época, le había conseguido un contrato para salir en los teatros de variedades en un carácter de negro. Tenía por compañero, aunque éste no se embadurnaba el rostro, a Al Lee, el primer marido de la malograda Lilyan Tashman. Este contrato de variedades duró cinco años.

Marjorie, la mayor de nuestras cinco hijas, nació al año de nues-

tra boda. La manera como este nacimiento afectó a Eddie llegó a sorprenderme hasta a mí, y eso que yo estaba sumamente orgullosa de él. Fué la segunda gran sorpresa que me dió. Cualquiera hubiera dicho que acababa de convertirse en el padre de su país, en vez de el de un mero bebé rollizo y chillón. Su alegría fué igualada sólo por el enorme sentimiento de responsabilidad que adquirió súbitamente.

Me parece que muchos jóvenes matrimonios que tienen miedo de los gastos que implica el criar hijos serían más felices si analizaran lo mucho que puede ayudar la llegada

musicales del mundo. Si Eddie triunfaba esta vez, ¡su futuro estaba hecho!

Vino la ansiada noche. Pasé por la entrada de los artistas sin que me observara el portero, y sin llamar la atención de nadie me acomodé en un rincón de la terraza. No me atrevía a sentarme en ninguna mesa. Todo lo mejor de Nueva York parecía haberse dado cita allí aquella noche.

¡Luces! Allí sale Eddie Cantor, un artista casi desconocido, un joven delgado, algo tembloroso, con el rostro pintado de negro. En la sombra de una columna estaba yo



de un bebé. Antes de venir al mundo Marjorie, Eddie era un comediante inteligente y feliz, un excelente artista a quien el destino deparaba un buen futuro. Después de la llegada de nuestra primogénita, de la noche a la mañana nació en él la determinación de alcanzar el más alto pináculo de su profesión. Y en ese contraste está toda la diferencia entre un hombre que seguirá defendiendo el puesto ganado y un hombre verdaderamente "grande". Desde aquel día Eddie no cesó un instante en prepararse para su gran oportunidad, la oportunidad que lo elevase al círculo de los inmortales de la comedia.

El momento tan anhelado llegó. Max Hart consiguió que lo contratasen para "una" función en el Cabaret-Terraza, de Ziegfeld, el finado y nunca bastante ponderado empresario neoyorquino, creador de las más famosas, y costosas, revistas

retorciendo, nerviosa, las puntas de un pañuelo y rogando que todo le fuera bien. ¡Música! ¡Una canción! ¡Otra! Eddie pasa de mesa en mesa, cambiando agudezas con los millonarios, llamándolos por su nombre.

¡Causó enorme sensación! ¡Algo nunca visto! El distinguido auditorio se dejó cautivar por completo por el naciente astro. Les gustaron sus canciones y quedaron encantados con la sutil y contagiosa camaradería con que departía con ellos. Lágrimas de gozo rodaron por mis mejillas mientras yo, escondida en las sombras, presenciaba la acogida triunfal que la "élite" de la primera metrópoli del mundo daba a mi esposo. Y aquella noche, en el Cabaret-Terraza Ziegfeld, se oyó por vez primera la hoy tan conocida vociferación, gracias a la radio, de "We want Cantor!", que en español, traducido libremente, viene a ser "¡Que salga Cantor!"

¿Cómo afectó todo esto a Eddie!
¡Ha habido tantos artistas de talento arruinados por un prematuro éxito en Broadway!

¿Aceptó Eddie alguna de las invitaciones a las fiestas y francachelas de madrugada, invitaciones con que Broadway anega a toda nueva sensación teatral?

¡No! Eddie regresó a casa conmi-go. Loco de felicidad, habló durante todo el camino del futuro, de nuestro hogar. ¡Los dos lloramos, abrazados, en el taxi!

Nuestro hogar, nuestra familia, la carrera de Eddie y nuestro amor; todas estas cosas han ido creciendo con el transcurso de los años. Sin embargo, sigue siendo el mismo Eddie de siempre, aunque también él ha crecido. Sus cualidades de paciencia, fidelidad, seguridad, responsabilidad, ternura, y el extremado sentido de humanidad de que desde jovencito hiciera gala y el cual he tratado, aunque pobremente, de exteriorizar en este artículo, todo ello ha madurado y ha adquirido más honda profundidad con el pasar de los años.

El hogar de Eddie, como ya he dicho, es el centro de su universo. En él nace toda su inspiración. La frecuente mención de nuestras hijas en sus programas de radio no derivan del deseo de ganarse la voluntad del público. Las cinco muchachas están en su cabeza constantemente. Todas ellas, y yo, escuchamos religiosamente cuantas funciones da por radio, hasta la pequeña Janet. ¡Es imposible conseguir que se vaya a la cama temprano el día en que su papá perifonea! Y la primera pregunta que invariablemente hace Eddie al llegar a casa, por la noche, es: "¿Dónde están las chicas? ¿Qué hacen?"

No bebe, no fuma y no juega a cartas. La vida nocturna, fiestas y saraos, y las muchedumbres, no le atraen. Le gusta nadar y jugar a pelota con las niñas. Y él les ayuda tanto en su trabajo de la escuela, que puede decirse que Eddie es uno de sus condiscípulos, quizá el más prodigioso, ya que asiste a cinco clases distintas diariamente.

¿Y cómo aprecian las chicas su adoración! Prueban claramente que Eddie es aún mejor padre que cómico. Marjorie, la mayorcita—tiene ahora diecinueve años—es la sombra de su padre. Ella es su secretaria particular; siempre le acompaña cuando trabaja en los estudios cinematográficos, y también le ayuda a preparar sus semanales programas para los radioescuchas. Eddie la considera su mejor asesor; empero, cuando él perifonea algún programa no se atreve a ir al estudio de nerviosa que está. Lo escucha desde casa, a veces retorciendo su pañuelo de la misma manera que yo hice aquella memorable noche en el Cabaret-Terraza Ziegfeld.

Natalie, nuestra segunda hija, tiene dieciocho años; Edna, quince.

Ibamos a llamarla Eddie, pero nos resultó chica y tuvimos que conformarnos con Edna. Marilyn, doce—la cual esperábamos de veras fuese un niño—, iba a llevar el nombre de Jorge. Para cuando nació Janet, Eddie había ya abandonado todo deseo de llegar a ser padre de un chico.

Nuestras muchachas son poco ruidosas. La ferviente adoración de todos nosotros por nuestro círculo de familia, hace que consideremos como dicha suprema el estar todos juntos en casa. No crean que nuestro hogar es tan idílico que jamás se oiga en él una frase acalorada. Al contrario, todos traemos a él nuestros problemas y disgustos, y a menudo tardamos bastante en solventarlos.

¿Cuáles son las cosas que más molestan a Eddie, que más le fastidian? A veces entra en casa muy callado. Al instante sé que algo malo sucede, pues por lo general irrumpe en la casa saltando y cantando. Cuando llega preocupado, jamás le irrito con preguntas indiscretas. Nunca falla; a los pocos minutos, sin yo apuntar nada, él mismo nos cuenta lo que le ha acontecido. A lo mejor alguien llegó tarde a una cita; si usted quiere hacer algún negocio con Eddie, por favor, sea puntual. Detesta perder tiempo, y ni a mí me tolera que llegue tarde. O quizá el director insistió en tomar una misma escena demasiadas veces. A Eddie no le gusta esto, porque sus chistes y payasadas son esencialmente espontáneos, y cree que de repetirlos varias veces aminora el efecto deseado. Es cierto que Eddie se molesta a menudo por cosas de poca monta, mas apenas acaba de relatarlas se olvida completamente de ellas y vuelve a ser el hombre bonachón y sonriente de siempre.

Por cierto, me parece que sus momentos más jocosos son cuando nos cuenta a nosotras esas cosas que de vez en cuando agrian un poco su trabajo. La manera cómo imita a

la gente que lo ha molestado es para morir de risa. Y éstas son las payasadas que el público nunca ve u oye. Nosotras cinco somos su auditorio privado.

Ese es el único contacto que Eddie permite a las niñas tener con el teatro: estar en el auditorio. No quiere que ninguna de ellas se dedique al arte histriónico; dice que las tablas presentan demasiados obstáculos, aun para los hombres. Quiere que todas sus hijas cursen sus estudios en la Universidad, y, una vez terminados, que se casen con un buen muchacho.

Posee un talento extraordinario para conseguir que le salgan las cosas a la medida de su gusto. Por ejemplo, Edna siente inclinación por la música, pero solía siempre haber una batalla para conseguir que dedicara una hora todos los días a tocar ejercicios en el piano. Hasta que Eddie tomó cartas en el asunto. Le prometió que le dejaría acompañarle al piano cada vez que él ensayara sus canciones. ¡Qué cambio! Luego teníamos dificultad en arrancarla del piano. Y el resultado es que hoy Edna toca maravillosamente el piano y de veras acompaña a su padre en todos los ensayos.

Mas no quisiera que creyeran que el don que mi marido tiene para hacer que los demás hagan lo que él desea denota el más mínimo egoísmo por parte suya. En mi vida he conocido a un hombre más desprendido que Eddie Cantor. Sus filantropías le cuestan mucho dinero, y lo que es más importante, brinda sus servicios a la par que desparrama sus dádivas. Por ejemplo, no sólo manda todos los veranos unos dos mil muchachos a su "Colonia-campamento de Eddie Cantor", situada en Cold Springs-on-the-Hudson, cerca de Nueva York, sino que va allí a hacerles compañía siempre que puede, a jugar con ellos, a ser uno de ellos. ¡Mi marido nunca ha olvidado lo horroroso que es el verano en los barrios pobres de Nueva York!

EL ARCHIVO DEL CINEISTA

DARROW (John) Nació en Nueva York, el 17 de julio de 1901. Actor del cinema sonoro.

DEE (Frances). — Nació el 26 de noviembre de 1912. Pesa 54 kilos. Mide 1'57 metros. Ojos azules, cabello castaño. En octubre de 1933 se casó con su actual esposo, el actor Joel Mc Crea. Estrella del cinema sonoro.

DIÁZ GIMENO (Rosita). — Nació en Madrid, hace veintiséis años. Actriz de la Compañía Díaz Artigas. Casada. Rubia. Ojos verdes. Mide 1'50 metros, pesa 48 kilos. Estrella del cinema nacional.

DIETRICH (Marlene). — Nació en Alemania, hace veintiséis años. Rubia, ojos azules. Casada con Rudolph Sieber. Tiene una niña de ocho años. Estrella del cinema sonoro.

D'ORSAY (Fifi). — Nacida en Montreal (Canadá), el 16 de abril del año 1900. Actriz del cinema sonoro.

DOVE (Billie). — Nació en Nueva York, el 14 de mayo de 1899. Su verdadero nombre es Lillian Bonny. Divorciada de Irving Millat, director de la Paramount. Morena, ojos negros. Mide 1'64 m. Pesa 54 kilos. Estrella del cinema mudo. Actriz del cinema sonoro. Continuará



MARY BOLAND
Paramount Pictures

W.C. FIELDS in *THE SINGING BOY* Paramount Pictures

BETTY GRABBLE,
DE RADIO FILMS;
MARY ROLAND, Y
W. C. FIELDS, DE
LA PARAMOUNT,
RETRATADOS EN
EL INTERIOR DE
SUS HOGARES
CONFORTABLES



NY-NC6-62-A